LA REVELACION.



REVISTA ESPIRITISTA

Año XII. | SALE UNA VEZ AL MES. | Núm. 1.

ALICANTE 30 DE ENERO DE 1883.

¡EL MEJOR TEMPLO!

LA FABRICA Y EL TEMPLO.

I.

El templo de la fé, gigante eleva
su torre audaz entre lo azul del cielo,
y la fuerte campana al viento lanza
sus penetrantes ecos.
El humo del incienso en espirales
sube y se estiende, mientras vá severo
el creyente á rezar sus oraciones
con fervoroso anhelo.
Ese ronco sonido que se escucha,
del fanatismo es voz, hondo lamento
de agonizante fé, que al extinguirse
no halla un consuelo.
No pienses torre audaz que el triunfo es tuyo
ni vencida caerás por el ateo:
la libertad y la razon unidas
te harán venir al suelo.

II

Chocar de yunques, y rumor de ruedas
se escuchan con placer y gozo inmenso,
pues gime la materia de la industria
en el glorioso templo.
Corónale una enhiesta chimenea,
que incesante columna de humo denso
arroja, y elevándose se pierde
allá en el firmamento.
Los nobles sacerdotes del trabajo,
sin oraciones, sin ardientes rezos
componen, transformando la materia
el himno del progreso.
¡Tú, templo de la industria afanadora
alza la frente, que serás eterno!
Mientras el templo que la fé sostiene
caerá debil al suelo.

Antonio R. Garcia Vao.

Dice muy bien el poeta, los templos de la tradicion tendrán el fin de las vasijas de barro, caerán rotos en mil pedazos, mientras que los templos de la civilizacion universal se reproducirán eternamente; el ingenio del hombre levantará de continuo fábricas gigantes, pero la fé en los mitos religiosos se extinguirá á medida que el espiritu vaya engrandeciendo sus aspiraciones y vaya comprendiendo y admirando la grandiosa naturaleza.

Y no es preciso llegar á ser un talento ni una notabilidad, no; en nosotros mismos tenemos la prueba, ¿qué entidad moral somos en este planeta? veamos.

En el mundo científico el insecto mas microscópico será mas entendido y más grande que nosotros.

¿Qué papel representamos en el mundo de las letras? el mas insignificante, y no se crea que alardeamos de falsa modestia, no; es que tenemos el buen sentido suficiente para conocer que al lado de los grandes escritores, de esos hombres eminentes que emplean en sus valiosos escritos mas pensamientos que palabras, al lado de esos genios

superiores somos más pequeños que el niño recien nacido, y apesar de nuestra pequeñez, con solo irradiar en nuestra mente un débil reflejo de inteligencia, adoramos á Dios en la naturaleza y encontramos mezquinos todos los templos de piedra.

No hace muchos dias, fuimos á dar un paseo por los espaciosos jardines del Hotel del Tibidabo, punto muy agradable, por que desde sus colinas se vé el puerto de Barcelona, y la cordillera de montañas que rodea á la ciudad Condal.

En aquella mañana las montañas parecian jóvenes desposadas, por que estaban envueltas en un velo de bruma.

No hay nada mas bello que un país montañoso, las llanuras serán muy buenas para los pobres caminantes, pero le dan á los paisajes una pesada monotonía, mientras que los ribazos y collados, montes y montecillos ofrecen una variedad encantadora; en un lado, pequeños valles alfombrados de musgo y amapolas, en otro lugar profundas hondonadas donde los árboles crecen aprisa buscando aire y luz.

Mas allá se divisan colinas que sirven de base á pequeños molinos y á humildes santuarios; por lujo de la naturaleza alegres riachuelos difunden la vida con el caudal crecido de sus aguas serpenteando entre menudas piedras, y sin orden ni concierto huertos anchurosos y pequeños caserios con su noria, su estanque, sus gallinas y demás aves de corral, sus pacíficos bueyes uncidos al arado: todo el cuadro de la vida se presenta en un terreno sembrado de promontorios, exacta fotografia de las diversas situaciones de la existencia humana.

Nosotros admiramos con profundo entusiasmo el lujo de detalles del magnifico panorama que se contempla desde el Hotel del Tibidabo, asistimos á la salida del Sol, que algo perezoso como doncel cortesano, no quiso dejar su lecho de bruma hasta las doce, y cuando se desprendió de su magnífica bata de gasa y encajes, las montañas se apresuraron á quitarse su blanco velo, y el Sol besó sus árboles con paternal cariño y la naturaleza alborozada sonrió.

Agradabilísimamente impresionados, salimos de aquellos jardines, y al llegar ante la iglesia de la *Buena Nueva*, la jóven amiga que nos acompañaba dijo:—Ven Amalia, quiero visitar este templo que nunca le he visto, entramos por condescendencia, y nunca olvidaremos la penosisima impresion que recibimos.

La iglesia es anchurosa y sombria, sus altas y pequeñas ventanas estaban cubiertas de cortinas oscuras, junto al altar mayor, habia una mesa cubierta con un tapiz negro, rodeada de muchos y grandes candelabros que sostenian gruesas hachas de amarillenta cera, cuya luz tristisima aumentaba las tinieblas de aquel lugar funerario, donde la pesadez de la atmósfera era insoportable, y mientras nuestra amiga rezaba una oracion nosotros deciamos:

¡Es posible que la humanidad sea tan ciega, que venga á buscar á Dios dentro de estas tumbas y ofrezca luces al Padre de la luz! cuando el Sol, lámpara eterna, ilumina los mundos que atraidos por su calor giran incesantemente en torno de su radiante foco....!..

Aquí queman incienso, cuando las plantas aromáticas difunden en los campos su penetrante aroma!

Los hombres levantando casas para en ellas encerrar la imágen de Dios, nos parecen niños formando castillos de naipes.

¿No sienten?... ¿no ven?.... ¿no oyen?....

¿No encuentran en la naturaleza el mejor templo? ¿cómo no elevan su pensamiento á Dios cuando las nubes purpúreas engalanan el horizonte? cómo tienen necesidad de buscar la sombra para adorar al que hizo la luz?

Esto es un contrasentido, una absurda aberracion, un efecto improcedente de su causa, es una adoracion que falsea en su base, y por falta de lógica tiene que desaparecer. El hombre dentro de una iglesia, no responde al pensamiento de Dios, por que dentro del templo se cruza de brazos y reza hoy lo que rezó ayer; todo trabaja en el taller inmenso de la Creacion, y el hombre que se llama religioso, es el zángano de la col-

mena social, es la planta parásita que vive asida á otra inteligencia, á otra actividad; y el desenvolvimiento de la vida no es ese, todos los espiritus tienen vida propia, necesitan trabajar por si mismos, y como los mal llamados religiosos viven sin trabajar, ese estado de inercia es insostenible, tendrán que tomar parte en el trabajo universal, y cuando sean obreros del progreso, se levantarán temprano no para acudir á las iglesias á oir la misa dealba, sinó paraentrar en la fábrica cuya campana les dirá:—Venid á tejer la tela que ha de cubrir vuestros cuerpos, venid á labrar la tierra que ha de daros el trigo para que amaseis vuestro pan, venid á cortar los árboles cuya madera os servirá para construir vuestras casas, venid á las canteras cuya piedra labrareis y animareis con el fuego sagrado de vuestra inteligencia, y cuando todos los hombres trabajen, los templos de la fé caerán al suelo, y sobre sus ruinas levantará la civilizacion sus fábricas grandiosas.

Hace pocos dias visitamos el depósito de aguas del Parque de Barcelona, y al cruzar sus naves anchurosas, al contemplar los macizos pilares que sostienen sólidas arcadas, y sobre esta fuertísima techumbre sabiamos que pesaba una gran cantidad de agua, sin que la menor filtracion lo diera á conocer, al ver como la inteligencia humana domina á su antojo los elementos primeros de la vida, sentimos un entusiasmo santo, si santa puede llamarse la emocion que siente el alma cuando admira el atrevido vuelo del espiritu pensador.

Bajo aquellas bóvedas sin altares, sin santos, sin ningun simbolo religioso, sentimos mas amor á Dios que admirando las Catedrales de Sevilla y Toledo; aquellas bóvedas eran para nosotros un altar gigante, y en ellas adoramos la inteligencia humana, fuego sagrado que enciende y aviva el hálito de Dios.

Igual emocion experimentamos cuando cruzamoslas costas de Garraf, granitica cordillera perforada y abovedada para dar paso al mónstruo del siglo XIX, á la locomotora, que con su atronador rugido y su melena de humo se precipita en el túnel devorando en su afan insaciable la serpiente de acero que se arrastra por la tierra marcándole la linea que debe seguir.

Los efectos de la luz á la entrada y salida del túnel son maravillosas, la emocion que se siente al contemplarlos es indescriptible. El hombre se agiganta considerándole como autor de aquella obra, y la grandeza que este adquiere, la ciencia que manifiesta, ¿sobre quién refleja? ¿sobre él mismo? No; se va á buscar la fuente de aquel rio, y se la encuentra en Dios; no hay obra humana que no tenga procedencia divina; nosotros sentimos los latidos de la Divinidad Creadora, siempre que un nuevo invento viene á enriquecer los conocimientos humanos, siempre que los pueblos acortan las distancias, siempre que las humanidades dan un pasó en el camino de la perfeccion.

Desconocedores del verdadero sentimiento religioso son los que aseguran que el exacto conocimiento de las ciencias aleja al hombre de su Creador. ¿No veis que es imposible? el hombre mientras mas sabe, mejor conoce lo mucho que le queda que aprender, admira la Creacion en toda su imponente magestad, y admirándola tiene que admirar á esa fuerza inteligente, á esa causa motora, á esa fuente de vida infinita á ese sér superior á todos los cálculos humanos cuyos efectos todas las humanidades han conocido, cuyo origen desconocen los mas sábios y los ignorantes, pero que el hombre adora inconscientemente al autor de todo lo creado, hay muchos que niegan el nombre de Dios, pero le adoran, le rinden ferviente culto en las manifestaciones de la naturaleza.

El geólogo busca en las capas terráqueas el árbol genealógico de este planeta, y dice contemplando el álbum de la tierra ¡toda la vida está aqui!

El astrónomo, mirando en el telescopio los astros de nuestro sistema planetario, calculando y midiendo las distancias que separa á los mundos, dice extendiendo su diestra: ¡Toda la vida está en el espacio!

El aficionado á la historia natural, pregunta á los fósiles antidiluvianos si fueron

los antecesores del hombre; y tambien dice en tono sentencioso señalando los petrificados esqueletos ¡toda la vida está aquí!

Los hidrogeologistas buscan en el agua esparcida en la superficie del globo, el principio constitutivo de la vida; y los hidrometros quieren encontrar en las propiedades de los fluidos todos los secretos de la naturaleza.

Los botánicos rinden culto á las plantas, los mineralogistas á los minerales, y á esos cuerpos sin órganos, formados de partes semejantes, les preguntan si ellos contienen el primer aliento de Dios.

Todos los hombres adoran un ideal, todos creen en algo, hasta el escéptico en su negacion crée, por que crée en la nada, y todos esos dualismos, todas esas adoraciones diseminadas en todas las materias que constituyen este globo, se irán amoldando, tomando nueva forma. Irán desapareciendo los símbolos, y aparecerá en todo su esplendor, algo que aun no se vé, y que sin embargo la razon le toca, y su nombre será pronunciado por las generaciones venideras, porque todos sentirán el calor de su aliento y templos gigantes se levantarán para rendirle culto.

El desierto de Sahara convertido en mar será una basilica grandiosa donde los sacerdotes del Progreso dirán: ¡Gloria á Dios y á la idea!

El túnel submarino que bajo el rio San Lorenzo será una nueva arteria por la cual correrá la sávia de la vida como sucede bajo el Támesis, será otro altar donde los fakires de la civilizacion, adorarán á Dios en los detalles de la inteligencia humana, y dia por dia, segundo por segundo, se irá trasformando la tierra, toda en conjunto será un templo gigante donde todas las razas elevarán su plegaria al Dios grande, al Dios justo, al Dios bueno, no rezando rutinarias oraciones, dándose golpes de pecho, que son completamente improductivos; orarán trabajando.

El uno tejiendo el blanco lino, el otro la amarilla seda, aquel labrando la tierra, esotro dándole forma al hierro, los de allá combinando roses y frotamientos para que el sol de la industria difunda sus rayos y la sombria noche (madre de todos los crimenes) desaparezca de este planeta, los de aqui, canalizando mares y creando puertos, y ante esa actividad generosa, ¿podrá morir en el hombre la idea de la suprema verdad? ¿podrá olvidar su divino origen cuando divina inspiracion le alienta? no.

Los templos de la fé caerán al suelo,
mas no temais, habrá compensacion;
¡los hombres rendirán culto á la idea!
¡reinará la razon!
Esta será la que con voz sonora
á los pueblos dirá:—corred en pos
del alma que á los mundos dió, y dá vida
rendidle culto á Dios!
En el mar, en el llano y en el monte
el progreso alzará su pabellon!
y allá donde él levante sus altares
será el templo mejor!

Amalia Domingo Soler.

INFLUENCIA DE LA MUJER

EN LA FAMILIA.

Así como las flores crecen gentiles y lozanas ante el poderoso influjo de la naturaleza así tambien la familia, preciosa flor humana extiende su corola y se agiganta ante la influencia moral y material de la mujer.

Para describir á la mujer tal como nos la presenta la historia, con su ignorancia, su frivolidad y sus mezquinas pasiones, nos bastaría remontarnos á los tiempos de Nemrod é ir siguiendo paso á paso la extraviada conducta de las generaciones hasta llegar á la época actual, y veríamos, con no poco asombro, que, despues de tantos siglos, la mujer de hoy parece la sombra de la mujer de ayer; esto es, que aun la queda mucha ignorancia, aun no és suficientemente pensadora, y que aun es demasiado frívola, porque olvida sus más sagrados deberes, para atender con preferencia á un lujo desmedido que, en más de una ocasion, la degrada y envilece; pero para decir lo que es la mujer en su esencia y con todas sus afecciones, lo grande y lo sublime de su mision y lo trascendental de su buena ó mala influencia sobre la familia, ¡oh! para esto, necesi-

taríamos de esa inspiracion Divina que, irradiando en nuestra inteligencia, nos ayudará á trasmitir al papel los bellos ideales que acariciamos y que el alma aspira como la pura esencia del bien que es la síntesis del progreso que se extiende por todo el Universo y aletea en torno de una explendorosa civilizacion.

Mas no obstante, ávidos de contemplar á la mujer en brazos de la ilustracion, trazaremos, aunque sea á grandes rasgos, su verdadera mision y su importante papel ante la familia, base principal de la sociedad en general.

La mujer mirada superficialmente no es otra cosa que un mueble de lujo que se exhibe á todas horas ante la sociedad, para que el hombre, á manera de niño caprichoso, la consagre el tiempo que tenga por conveniente; pero considerada como es debido, es ángel, providencia, ó joya de inmenso valor.

La mujer orgullosa, es un furioso vendabal que todo lo destruye con su despotismo; la fanática, es una sombra que se interpone á la claridad de las cosas, porque aborrece la luz del progreso; la coqueta, es un ángel caido que, descendiendo del trono de la dignidad, se arrastra por el lodazal de las pasiones; la indolente, es una estátua de mármol mas ó menos bella; la frívola, es una mariposa que se empeña demasiado en acercarse á la lúz de vanas ilusiones, para desaparecer trivialmente en sus llamas, la pretenciosa, es un diamante falso; la ignorante, es una lámpara que agoniza, cuyos resplandores jamás pueden alumbrar grandes distancias.

Desgraciadamente, estas condiciones las poseen la generalidad de las mujeres del presente siglo; y con tales prendas, no pueden crearse otras familias que las que subsisten con semejantes defectos, las cuales forman esa epidemia moral de la sociedad.

Hay ángeles disfrazados de mujeres, y mujeres disfrazadas de ángeles: las primeras, constituyen la felicidad del hogar, por que son la aurora sonriente de la familia; las segundas, son filtros venenosos que dañan cuanto tocan.

En todos los estados, la mujer, puede ser grande desplegando la belleza de su alma y mostrando el inmenso tesoro de amor que posee; pero en su noble mision de madre, puede sublimarse, porque en tan hermosa tarea, aunque algo espinosa, la mujer digna y pensadora, se transforma en un progreso constante, ya que nadie absolutamente como la madre, sabe tolerar, amar, perdonar y sacrificarse. Los hijos, para la madre, son joyas preciosas que nunca se dejará arrebatar por nada ni por nadie, por qué en ella están reunidos varios afectos, como son: el de profesera, porque primeramente los educa; el de enfermera, porque vela con afan sus más ínfimos dolores, el de amiga íntima, porque es su fiel confidente; el de nodriza, porque los amamanta; y últimamente, ese amor maternal puro y desinteresado que no tiene igual en la tierra, producido tan solo por haberlos llevado en su seno y sufrido los sinsabores consiguientes á su estado.

La madre de familia, es el sér mas pródigo que existe, porque es la única que jamás se cansa de conceder; es la esencia del amor por su pureza é intensidad; y es una de las figuras mas hermosas de la moderna civilizacion, cuando á los tiernísimos afectos reune la virtud y la discrecion para guiar á la familia prudentemente, armonizándolo todo con su buen criterio.

De la buena madre, depende el bienestar de la familia, por medio de la educacion moral y material, usos, costumbres é inclinaciones que la inculca: de la buena educacion de las familias, nace la armonía social, de esta, la union y adelanto de los pueblos; y de aquí, el mejoramiento humano. Por lo tanto, la muger discreta y pensadora es la piedra filosofal del progreso. Reducir á la mujer á una reclusion perpétua, es matarla física y moralmente; negarla la instruccion, es esclavizarla; acostumbrarla á un lujo desmedido, es enseñarla el medio mas facil de perderse; inculcarla una economía excesiva sin necesidad de ello, es hacerla codiciosa; tolerarla su indolencia es convertirla en nulidad permanente; y elogiarla sus frivolidades de niña, es transformarla en un bonito juguete para el hombre.

La mujer, para ocupar el lugar que la pertenece y comprender su verdadera mision, necesita otra educacion más sólida que la recibida hasta hoy. Lo primero que deberia enseñar á las jóvenes, es el gobierno de la casa, con órden, economía y limpieza; despues, instruirlas lo mejor posible y acostumbrarlas á un lujo menos costoso, esto es, un traje sencillo y elegante hace resaltar mas la natural belleza y, al mismo tiempo, es una economía prudente cuyos ahorros pueden reportar grandes ventajas, ya sea evitando deudas con las cuales muchas veces no se puede cumplir, ó bien invirtiéndolos en obras de caridad entre infelices menesterosos. De este modo, las jóvenes, crecen sencillas en su trato, modes-

tas ante la sociedad, laboriosas en su hogar, virtuosas y discretas; y por razon natural, la mujer, con estas condiciones, seria buena amiga, hermana cariñosa, esposa amante y una excenlente madre de familia.

La ignorancia que aun invade á nuestro siglo, es uno de los obstáculos principales del atraso de la muger, la cuestion palpitante que mas ha preocupado á los sabios de todas las generaciones, desde las mas remotas hasta la presente, ha sido siempre la mujer, y hemos visto que, á medida que esta ha sacudido el pesado yugo que la envolvia, los pueblos han respirado mas libremente.

La familia, no existia porque los afectos íntimos del alma, dormitaban semimagnetizados por el atraso que postergaba á las humanidades á vivir una existencia salvaje y degradada por las mas bajas pasiones; pero mas tarde, al calor de la cultura, se desarrollaron las fuerzas morales, y ante éstas, se agruparon los séres, se formaron las familias y comenzó á alborear un destello de ternura, flor purísima del amor, que fué á reemplazar el sensual libertinage de los pueblos.

La mujer, entónces, dió el primer paso en áa senda del progreso, abriendo su corazon los dulces afectos de la familia; y hasta el resente ha ido desempeñando todos sus argos con mas abnegacion y discrecion que ántes; pero faltándole mucho aun para el complemento, á causa del descuido de su educacion moral é intelectaul, y al decir esto, no exageramos, pues es preciso convencerce, de que una mujer ignorante y frivola (como hoy lo son la generalidad de las mujeres), es una carga pesada para el hombre y una pésima directora para la familia; toda vez que, unas veces por no comprender el valor de la cosa y otras por hallarse absorvida en lo que no debiera, descuida sus principales deberes legando á sus hijos la ignorancia que ella heredó de sus mayores, para hacerla extensiva mas tarde á sus nietos.

Una mujer así, no podrá ocupar nunca el lugar que la pertenece, y esto solo la misera esclava relegada á un eterno olvido: porque, la ignorancia, es el fantasma aterrador de los pueblos que siempre se interpone á la luz de la civilizacion, para que aquellos no recobren su amada libertad; y ante esta terrible enemiga, la mujer se aturde y, su escasa inteligencia, queda petrificada para todo adelanto. Esta muger, no puede por ningun concepto comprender el valor de su mision ni desempeñarla como es debido y por ley natural, todos sus actos llevarán el sello del desacierto; y hasta el amor, ese bello sentimiento del alma que se muestra por sí solo sin estudio de ninguna especie, cuando dimana del ser ignorante, carece del perfume arrobador que le da la cultura, el cual, alejándose del cieno de la tierra, se eleva á lo infinito para sublimarse ante Dios.

La mujer, aunque nacida para amar y ser amada cual si fuese formada de efluvios amorosos, cuando la envuelve la ignorancia, dá á la familia un amor egoista, material é insulso que mancha cuanto toca, porque la falta el desarrollo del sentimiento moral y la ampliacion de los conocimientos materiales, para de estos dos elementos, escogitar lo esencialmente bello y grande. La mujer ignorante tiene un punto de semejanza con el sér irracional, esto es, vive sin saber por qué, ni para qué, ora haciendo los trabajos mas rudos y pesados, ora matando el tiempo en nécias ocupaciones, ú ora exhibiendo su belleza mas de lo necesario.

¿Puede ser una mujer útil á la familia?

Nó, y mil veces nó; porque su influencia, es un tósigo que asesina lentamente, y la familia educada en estas condiciones, es una familia enfermiza, moralmente hablando, que solo puede dar á la sociedad un puñado de enfermos ineptos para toda clase de trabajos.

Para hallar á la mujer, grande y sublime, desempeñando su noble mision con rectitup y ocupando ante la sociedad el sitio que la corresponde, es necesario que se la eduque de un modo especial, por ejemplo: cuando niña, necesita una educacion altamente moral, pero sumamente lógica, por que los años de la infancia, son los mas preciosos para inculcar las buenas máximas en esas intelijencias virgenes, que cual hermosas flores, abren sus corolas á todas las virtudes ó á todos los vicios, segun la direccion que se las dá: cuando jóven, se hace precisa la educacion intelectual, para que esta sea el lapidario de la moral que la haga brillar en todo su esplendor, marchando las dos unidas en constante desarrollo, hasta que llega paso á paso á la edad de la reflexion, que es cuando entra de lleno en la inmensa latitud de sus conocimientos para ser la mujer pensadora, la mujer amante, la mujer ángel, ó sea providencia incesante de la familia que todo lo prevé y todo lo vivifica con su influencia moral y con su preclara discrecion.

Las mujeres dotadas de tan bellas condiciones (que aunque en escaso número sin duda las hay,) son las sacerdotisas de la fa-

milia, en cuyo recinto han edificado ellas mismas el egregio santuario del amor; pero de un amor puro y sin mancha donde el vicio retrocede, porque la virtud con sus níveas álas, forma la bóveda magestuosa de ese templo; son las jardineras del hogar, transformado en frondoso oásis por sus continuos desvelos, donde el hombre se espiritualiza, porque halla una Primavera permanente, donde todo le sonríe, porque la mujer discreta, es la esencia de la vida y la flor misteriosa que todo lo perfuma.

¡Oh! la mujer lógicamente educada, es la imágen de la civilizacion que unifica á los pueblos por medio de la familia; pero ignorante y frívola, representa el atraso, la paralizacion de la vida, el vicio en todo su apogeo y la degradacion de la familia; porque, la mujer, en este estado, es una nota discordante de la armonía social, que hiere los tímpanos mas delicados de la sensibilidad moral.

La mujer, engrandece á la familia; por ella, alienta el hombre en su existencia; por ella, la sociedad se moraliza; por ella, brotan flores en la vida humana; y por ella, quizá, existen la poesía y el arte; porque no hay nada que inspire tanto amor á lo bello, como un rostro angelical de mujer. Cuando esta posee la belleza moral, á la cual podríamos llamar siempreviva, porque el tiempo jamás la destruye sino que, por el contrario, á medida que aquel trascurre, ella despide mas fulgores, es una obra artística, ó mejor dicho, la misma poesía.

¡Es tan triste el destierro en que vivimos; son tantos los abrojos de la vida, que, si en medio de sus múltiples dolores no existiera la mujer como un lenitivo á ellos, la tierra careceria de su principal ornato; porque sin la mujer, no habria encantos, ni sentimientos, ni esa esencia purísima del amor que adormece al alma, que empieza por inocultar al hombre sus primeros afectos, que se extiende á la familia; que llega hasta la sociedad, y que, en álas de la brisa, esparce su perfume por todo el Universo!

La influencia moral de la mujer en la familia, es tan útil y necesaria, como el oxígeno que aspiramos, pero desgraciadamente, vemos con frecuencia que la mayoría de las familias carecen de esa eximia motora del progreso moral y material que constituye la base de su perfeccionamiento.

Querer que la familia dé ópimos frutos sin el trabajo incesante de la madre, es buscar un imposible, es tan inútil, como hallar flores donde se han sembrado abrojos; pues el buen criterio de la mujer, influye tanto en el bienestar de la familia, como el elemento de vida que gradualmente proporciona á nuestros cuerpos el calórico que despiden los rayos solares.

Es tan sublime la mision de esa bella mitad del género humano, que á comprenderla ella misma en toda su extension, no tuviéramos que lamentar los terribles males que asedian á la sociedad, dimanados principalmente de la mujer, que es la institutriz de la familia en particular, y de la cual parte el árbol genealógo de la familia universal.

¿Quién sostiene el octogenario en sus vacilantes pasos?

La hija cariñosa que le presta sus mas solícitos cuidados, para que el anciano vea en ella el ángel de su guarda.

¿Quién enseña al niño á elevar á Dios esa súplica de candor semejante al murmullo de la brisa por lo agitado del lenguaje y la pureza que encierra?

La hermosa figura de la madre, que es la síntesis de Dios en la tierra.

¿Quién disipa con mas presteza las nubes del hogar?

La esposa amante, la hija, la hermana, ó en su lugar, la sincera amiga.

¿A quién llama el hombre en sus aflixiones ó en sus últimos momentos?

Generalmente, á la madre. por que es la providencia de los hijos. Y siempre, la mujer, es la imagen del bien que infiltra la paz en las familias.

Entre las múltiples y diversas opiniones de los sabios de todas épocas que, sobre la mujer, se han propagado, las hay tan descabelladas como ilógicas, y muy pocos son los que han dictado un fallo recto; pues unos la presentan como un reptil disfrazado de inocente Mariposa, otros, llevados de su entusiasmo, la han erigido un templo de exagerado idealismo, para adorar en él la voluptuosidad de sus míseras pasiones; y los mas, despues de merecerse en un sinnúmero de vacilaciones, han colocado á la mujer en una posicion tan falsa, que ya no cabe otra peor; pues la han dejado en brazos de la vanidad para comerciar en su belleza, negándola la instruccion, por que se llegó á dudar si cobijaba un alma como el hombre. En tan absurdos conceptos, no era posible que la mujer se engrandeciera, si no que, despreciada y degradada por los mismos que hubieran podido cooperar á su rehabilitacion, fué precipitada en el abismo de la ignorancia y relegada de todo cuanto pudiese ilustrarla en sus principales deberes

El orgullo del hombre, en todo tiempo,

ha sido un círculo de hierro que ha oprimido tenazmente á la mujer, sin dejarla medrar ni avanzar un segundo en la árdua empresa de su alta mision; sin comprender que, esa opresion ejercida con tanta saña en un ser débil, le degradaba por completo, al mismo tiempo que labraba su propia desventura; pues al sujetar á su compañera á un código injusto, atrofiaba á aquella inteligencia y, con ella, los mas bellos sentimientos de la mujer que se trasforma en flores odoríferas, cuando la cultura y la moralidad la envuelven con sus esplendores.

El escaso número de sábios que han comprendido el importante papel de la muger ante la familia, han pedido para ella la instruccion como el mejor nutritivo en sus difíciles cargos: las consideraciones á su sexo, como un lenitivo á su dolorosa esclavitud; y la ampliacion á sus conocimientos morales y materiales, como elemento indispensable en la educacion de la familia, cuyo cargo debe ejecutar la madre con admirable discrecion, si quiere presentar á la sociedad una familia exenta de vicios, y en que solo esté sintetizada la *Verdad*, la *Justicia* y la *Armonía Universal*.

(*Continuará*).

LAS DOS GLORIAS.

—

Recorriendo un dia los templos de Madrid el célebre pintor flamenco Pedro Pablo Rubens, acompañado de sus renombrados discípulos penetró en la iglesia de un humilde convento, cuyo nombre no designa la tradicion.

Poco ó nada encontró que admirar el ilustre artista en aquel pobre y desmantelado templo, y ya salia para seguir sus investigaciones cuando percibiendo un cuadro medio oculto en las sombras de una capilla, acercóse á él y lanzó un grito de asombro.

Sus discípulos le rodearon al momento, preguntándole:

—¿Qué habeis pescado maestro?

—¡Mirad! dijo Rubens señalando el cuadro por toda contestacion.

Los jóvenes se quedaron tan maravillados como el autor del *Descendimiento*. Representaba aquel cuadro la muerte de un glorioso. Era éste muy jóven y de una belleza que ni la agonía habia podido eclipsar.

Hallábase tendido sobre los ladrillos de su celda, velados ya los ojos por la muerte, con una mano extendida sobre una calavera y abrazando con la otra á su corazon un crucifijo de madera y cobre. En el fondo del lienzo se percibia otro cuadro, que figuraba estar colgado de la pared de la celda, encima del lecho de donde indudablemente habia salido el religioso para morir con más humildad sobre la dura tierra.

Aquel segundo cuadro representaba una mujer, tambien jóven y hermosa, pero muerta tambien, y tendida en el ataud entre fúnebres blandones y negras y lujosas colgaduras.

Nadie hubiera podido mirar estas dos escenas contenida la una y la otra, sin comprender que se explicaban y completaban recíprocamente. Un amor desgraciado, una mujer muerta, un desengaño de la vida, un olvido eterno del mundo; hé aquí el drama misterioso que brotaba de los dos pavorosos cuadros que encerraba aquella obra.

Por lo demás, el color, el dibujo, la composicion, todo revelaba un genio de primer órden.

—Maestro, ¿de quién puede ser esta magnífica obra? preguntaron á Rubens sus discípulos, que ya habian alcanzado el cuadro.

—En este ángulo ha habido un nombre escrito, respondió el maestro; pero hace muy pocos meses que ha sido borrado. En cuanto á la pintura, no tiene arriba de treinta años ni ménos de veinte.

—Pero el autor...

—El autor, segun el mérito del cuadro, pudiera ser Velazquez, Zurbarán, Ribera ó Murillo. Pero Velazquez no siente de este modo. Tampoco es Zurbarán si atiendo al color y á la manera de ver el asunto. Ménos aún debe atribuirse á Murillo ni á Ribera: aquel es mas tierno y éste es más sombrío y además eso no pertenece ni á la escuela del uno ni á la del otro. En resúmen: yo no conozco al autor de este cuadro y hasta juraria que no he visto jamás obras suyas. Voy mas lejos: creo que el pintor desconocido que ha legado al mundo esta sublime obra, no perteneció á ninguna escuela, ni ha pintado quizás más cuadros que este, ni hubiera podido pintarle que se le acercara en mérito, sin embargo del génio inmenso que acredita. Esta es una obra de pura inspiracion, un asunto propio, un reflejo del alma, un trasunto de la vida... ¿Quereis saber quién ha pintado ese cuadro? Pues lo ha pintado ese mismo muerto que veis en él!

—¡Eh! maestro...¡Vos os burlais!

—No: yo me entiendo.

—Pero ¿cómo concebis que un difunto haya podido pintar su vida?

—Concibiendo que un vivo pueda pintar su muerte.

—¡Ah! ¿sereis vos?

—Creo que aquella muger que está de cuerpo presente en el fondo del cuadro, era el alma y la vida de este fraile que agoniza contra el suelo; creo cuando ella murió, él se creyó tambien muerto y murió efectivamente para el mundo: creo, en fin, que esta obra, más que el último instante de su héroe ó de su autor, que indudablemente son una misma persona, representa la profesion de un jóven desengañado de la vida.

—De cualquier modo...

—De cualquier modo el asunto tiene fecha y

el olvido todo lo cura. Necesitamos buscar al desconocido artista y saber si llegó á ejecutar más obras.

Y así diciendo Rubens, dirigióse á un fraile que rezaba en el altar mayor y le dijo con su desenfado habitual:

—Quereis decirle al padre prior que quiero hablarle de parte del rey?

El fraile, que era hombre de alguna edad, se levantó trabajosamente y dijo con voz humilde y quebrantada:

—¿Qué me quereis? Yo soy el prior.

—Perdonad, padre mio, replicó Rubens, que interrumpa vuestras oraciones. Pudierais decirme quién es el autor de este cuadro?

—¿De ese cuadro? repitió el religioso. Yo no me acuerdo.

—¿Cómo? ¿Lo habeis sabido y habeis podido olvidarlo?

—Si, hijo mio: lo he olvidado completamente.

—Pues padre, dijo Rubens con aire de burla y de mal humor: ¡teneis muy mala memoria!

El prior se volvió á arrodillar.

¡Vengo en nombre del rey! gritó Rubens incomodado.

—¿Qué más quereis, hermano mio? murmuró el fraile levantando lentamente la cabeza.

—¡Compraros este cuadro!

—Ese cuadro no se vende.

—Pues bien: necesito saber donde encontraré á su autor.

—Eso es tambien imposible. Su autor no está ya en el mundo.

—Ha muerto! esclamó Rubens con desesperacion.

Decia bien el maestro, murmuró uno de los jóvenes: ese cuadro está pintado por un difunto.

¡Ha muerto! repitió Rubens: ¡y nadie le ha conocido! ¡y se ha olvidado su nombre! ¡Su nombre que debió ser inmortal! ¡su nombre que hubiera eclipsado el mio!—Si; *el mio...* padre, añadió el artista con noble orgullo: yo soy Pedro Pablo Rubens!

A este nombre glorioso, que ningun hombre consagrado á Dios desconocia, ya por ir unido á cien cuadros misticos, verdaderas maravillas del arte, el rostro pálido del prior se enrojeció súbitamente, y levantando sus abatidos ojos los fijó en el semblante del flamenco con tanta veneracion como sorpresa.

—¡Ah! me conociais, esclamó Rubens con infantil satisfaccion. Me alegro en el alma. Asi sereis menos prior y ménos fraile conmigo. Conque... ¡vamos! ¿Me vendeis el cuadro?

—Eso es imposible, respondió el prior.

—Pues bien; ¿sabeis de alguna otra obra de ese génio malogrado? No podreis recordar su nombre? Quereis decirme cuando murió?

—Me habeis comprendido mal, replicó el fraile. Os he dicho que el autor de esa pintura no pertenecia al mundo; pero esto no ha sido deciros que haya muerto.

—¡Oh! ¡vive! ¡vive! esclamaron todos los pintores. ¡Haced que le conozcamos!

—¿Para qué? el infeliz ha renunciado todo lo de la tierra: nada tiene que ver con los hombres....¡nada!

—¡Oh! dijo Rubens con exaltacion. ¡Eso no puede ser padre mio! Cuando Dios enciende en un alma el fuego sagrado del génio, no es para que esa alma se sepulte en la oscuridad, sinó para que cumpla su mision sublime de iluminar el alma de los demás hombres. Nombradme el monasterio en que se oculta el grande artista, y yo iré á buscarle y lo devolveré á la sociedad. ¡Oh! ¡cuanta gloria le espera!

—Pero... ¿y si la rehusa? preguntó el prior.

—Si la rehusa, acudiré al Papa con cuya amistad me honro, y el Papa le convencerá mejor que yo.

—¡El Papa! esclamó el prior.

—Sí, padre; el Papa, repitió Rubens.

—Ved por lo que no os diria el nombre de ese pintor aunque lo recordase; ved por lo que no diré en qué convento se ha refugiado.

—Pues bien, padre; el Rey y el Papa os lo harán decir, respondió Rubens exasperado.

—¡Oh, ¡no lo hareis! exclamó el fraile. ¡Harias muy mal señor Rubens!—Llevaos el cuadro si quereis; pero dejad tranquilo al que descansa. Os hablo en nombre de Dios. Si, yo he conocido, yo he amado, yo he consolado, yo he redimido, yo he salvado de entre las olas de la sociedad, náufrago y agonizante, á ese grande hombre, como vos decis á ese infortunado y ciego mortal, como yo lo llamo; olvidado ayer de Dios y de sí mismo; hoy cercano á la suprema felicidad. ¡La gloria! ¿Conoceis alguna mayor que la que á él aspira? ¿Con qué derecho quereis resucitar en su alma los fuegos fátuos de las vanidades de la tierra cuando arde en su corazon la pira inextinguible de la caridad?—¿Creeis que ese hombre, antes de dejar el mundo, antes de renunciar á la fortuna, á la fama, al poder, á la juventud, al amor; á todo lo que desvanece á las criaturas, no habrá sostenido una ruda batalla con su corazon? ¿Y quereis volverle á la lucha cuando ya ha triunfado? ¿No adivinais los desengaños, las penas, las amarguras que le llevarian al conocimiento de la verdad de las cosas humanas?

—¡Pero eso es renunciar á la inmortalidad! gritó Rubens.

—Eso es aspirar á ella.

—¿Y con qué derecho os interponeis vos entre ese hombre y el mundo? Dejad que le hable y él decidirá.

—Lo hago con el derecho de un hermano mayor, de un maestro, de un padre; que todo esto soy para él. ¡Lo hago en el nombre de Dios, os vuelvo á decir!—Respetadlo para bien de vuestra alma.

Y, así diciendo, el religioso cubrió su cabeza con la capucha, y se alejó á lo largo del templo.

—Vámonos, dijo Rubens. Ya sé lo que me toca hacer.

—Maestro, exclamó uno de los discipulos,

que durante toda la anterior conversacion habia estado mirando alternativamente al lienzo y al religioso: ¿no creeis como yo que ese viejo frailuco se parece mucho al jóven que se muere en este cuadro?

—¡Calla! ¡pues es verdad! esclamaron todos.

Restad las arrugas y las barbas y sumad los treinta años que manifiesta la pintura, y resultará que el maestro tenia razon cuando decia que ese religioso muerto era á un mismo tiempo retrato y obra de un religioso vivo. Ahora bien. ¡Dios me confunda si ese religioso vivo no es el padre prior!

Entretanto Rubens, sombrio, avergonzado y enternecido profundamente veia alejarse al anciano, el cual le saludó cruzando los brazos sobre el pecho poco antes de desaparecer.

—*El era*... si... balbuceó el artista.—¡Oh! vámonos, añadió volviéndose á sus discípulos. Ese hombre tiene razon Su gloria vale más que la mia. Dejémosle morir en paz.

Y dirigiendo una última mirada al cuadro que tanto le habia sorprendido, salió del convento y se dirigió á Palacio, donde le honraban sus majestades, teniéndole á la mesa.

Tres dias despues volvió en busca del cuadro, con objeto de sacar una copia, y halló que habia desaparecido.

En cambio se encontró con que se celebraba una misa de *requiem*.

Acercóse á mirar el rostro del difunto que estaba de cuerpo presente en medio de la Iglesia y vió que era el padre prior.

—¡Gran pintor era! dijo Rubens.—Ahora es cuando más se le parece.

Pedro A. de Alarcon.

EL DIOS DE LOS CATÓLICOS,

Y NUESTRO DIOS.

Existia desde la eternidad. Embebido en la contemplacion de sí mismo, gozándose en sí mismo, glorificándose á si mismo, habia permanecido infecundo y en la más absoluta inactividad desde el principio de su sér, esto es, desde el principio sin principio. Ninguna criatura inteligente en ningun mundo, porque no habia mundos; ningun mundo balanceándose en el espacio, porque no habia espacio, ni criaturas, ni mundos, ni espacio, ni Universo, ni de consiguiente, leyes de la Creacion, porque la Creacion no existia. Fuera de Dios, no habia nada. Dios solo, absolutamente solo, sin producir, sin fecundar: una eterna luz irradiando sobre la NADA y volviendo á recoger en sí misma sus estériles irradiaciones; un eterno foco de vida derramándose y replegándose, para volver á derramarse estérilmente y volver á replegarse. En una palabra, una causa eterna, eternamente sin efecto.

Pero, he aquí que de pronto, súbitamente, se arrepiente de haber pasado una eternidad en la inaccion, y como si hubiera pensado «año nuevo, vida nueva,» resuelve hacer algo en que distraerse durante otra eternidad. Tomada esta resolucion, se pone á la obra con actividad tal, que raya en delirio, en frenesí. En un dia hace nada ménos que la luz, y la separa de las tinieblas; en otro dia fabrica el firmamento, para que divida las aguas; en otro junta las aguas de la tierra, y hace que esta produzca yerbas y árboles que lleven en sí mismo su simiente; en el cuarto dia, enciende el sol, la luna y las lumbreras del cielo; en el quinto obliga á las aguas á que produzcan peces que se muevan en ellas y aves que vuelen sobre la tierra; en el sexto, cubre la tierra de reptiles, de bestias, de animales, de un poco de barro hace el hombre, y para que el hombre no esté solo y se fastadie, le saca una costilla, de la cual forma la mujer. No se sabe á punto fijo el dia ni la hora en que construyó el paraiso celestial y el infierno, como ni tampoco el instante matemático de la creacion de los ángeles, sin embargo, San Agustin, que no solia juzgar de ligero, opina que los ángeles fueron creados el primer dia, y de consiguiente tambien el infierno, habida consideracion á Luzbel y sus secuaces se rebelaron el mismo dia de haber sido creados y en el acto fueron arrojados á las calderas hirvientes.

Coloca Dios al hombre y la mujer, hechura de sus manos, obra la mas acabada de su sabiduria, en un amenísimo jardin sometiéndoles la tierra y cuanto ella contiene, escepcion hecha del fruto de un árbol, que los Padres de la Iglesia, por más que se han quemado las cejas en largas y profundas reflexiones, no han podido aún averiguar si fué una higuera, un cerezo ó un manzano. Co-

men de la fruta prohibida la mujer y el hombre á instigacion de una serpiente que habla como una persona; aparéceseles Dios pidiéndoles cuenta de la manzana, de la cereza ó del higo; condena á ellos y á sus hijos, aun no concebidos ni creados, á las enfermedades y á la muerte; y expulsándolos, por golosos, del jardin, pone en la puerta de este un ángel con una espada flamígera en la mano y con la consigna de no permitir la vuelta á los míseros expulsos. ¿Cuánto tiempo hubo de custodiar la puerta el centinela? Los cronistas de la época guardan sobre este punto el mas absoluto silencio, como tambien los santos Padres, los Papas y los Concilios, aunque se puede presumir que el ángel no envainaria su espada ni dejaria la puerta mientras hubo fruta prohibida que guardar.

Habia Dios creado para su gloria los ángeles y los hombres; sin embargo, indudablemente por algun grave error de cálculo, unos y otros le salieron tan torcidos, que, en el mismo dia de su creacion, legiones innumerables de ángeles fraguan horrenda conspiracion para destronarle, y el hombre come la fruta que le ha prohibido tocar. Y no paran aquí las cosas: á la vuelta de algunos siglos, la especie humana se multiplica de manera tan asombrosa, que llena la tierra y se esparce hasta sus últimos confines; pero ¡qué especie humana!... tan corrompida, tan perversa, que, más bien que hija de Dios, parece aborto de la mujer de Satanás. Entre millones y millones de nacidos, ¡sólo un justo halla Dios sobre la tierra! Entónces se arrepiente de su obra, echando de ménos aquella eternidad tranquila, durante la cual no tuvo hombres que se le rebelasen, ni ángeles que le disputáran el cetro. En su arrepentimiento, ya que no le és posible desandar lo andado, ni deshacer lo hecho, envia sobre la tierra un diluvio de agua, que la inunda desde el Oriente al Occidente, desde el Septentrion al Mediodía. Todos los hombres se ahogan, ménos el justo con su familia compuesta de ocho personas, varones y hembras por mitad providencialmente salvadas para la repoblacion del mundo.

El mundo se repuebla: la nueva humanidad, sin embargo, no es de mejor condicion que la humanidad antidiluviana. El diluvio resulta perfectamente ineficaz, y ya Dios no empleará otra vez este inútil recurso. Puesto que no hay medio de hacer entrar en vereda á todos los hombres, Dios elegirá uno, el mejor de todos, Abraham, y sobre la base de este y su mujer, ambos virtuosos, ambos fieles, se formará para sí un pueblo elegido, que le ame, que le adore, que guarde su santa ley, tan numeroso como las estrellas del cielo y las arenas del mar, al cual pueblo establecerá sobre todos los de la tierra. ¡Un desengaño mas!..El pueblo ya está formado; es el pueblo hebreo; pueblo brutal, lujurioso, prevaricador, sanguinario, que no pasa dia sin que excite la divina cólera. Para librarle de la servidumbre de Egipto, Dios mata á todos los primogénitos egipcios y sepulta ejércitos enteros en las aguas del mar Rojo; en cambio, el ingrato pueblo, apenas se ve en libertad, se olvida de su Dios, al cual antepone un becerro de oro, fundido con las alhajas robadas á los egipcios. Para ponerle en posesion de la tierra de Cannan, destruye comarcas, arrasa ciudades, cuyos habitantes hace pasar á cuchillo sin consideracion á edad ni sexo; ni por esas; el pueblo elegido, brutal que brutal, idólatra que idólatra. Los hebreos quieren caudillos: les da caudillos: quieren jueces, les da jueces: se cansan de los jueces y piden reyes; les da reyes esto no obstante, si corrompidos é idólatras eran bajo sus caudillos y sus jueces, mas corrompidos é idolatras son bajo el cetro y el yugo de sus monarcas. Caen en la esclavitud y piden á su Dios misericordia: líbralos milagrosamente, siempre milagrosamente, y cuando se ven en libertad, olvídanse de quien rompió sus cadenas, para volver á sus consuetudinarios hábitos y revolcarse en el estercolero de sus lujuriosos é innobles apetitos, hasta que, por último, los abandona definitivamente á su suerte, so la dominacion romana, de la cual ya no saldrá el pueblo elegido, sino para ser el escarnio de las naciones.

En tal estado las cosas, Dios, que quiere á todo trance, y cueste lo que cueste, redi-

mir la especie humana arrancándola del poder de Satanás, resuelve hacerse hombre, nacer de una virgen y morar entre nosotros, con el propósito de aplicar luego sus merecimientos propios á los hombres, como los hombres no sean tan estúpidos que vengan á rechazar aquella divina transferencia. Este ingenioso procedimiento no era nuevo: habíalo ensayado mucho tiempo antes, y por cierto sin éxito, otro Dios, el de los brahmanes, para redimir á los indios. ¿Será más afortunado el Dios de acá, que el Dios de allá? El de acá, uno y trino es á saber, uno que es tres, y tres que es uno, ¿logrará lo que no pudo lograr el de los indios, tan trino en persona y uno en esensia como el otro? Veámoslo.

La segunda de las tres divinas personas, por acuerdo de las tres y sin separarse de las otras dos, porque las tres son uno solo, desciende á la tierra, toma carne en el claustro materno de una virgen casada, y nace en la Judea, en medio del pueblo de quien tantos desengaños recibiera. Su infancia pasa desapercibida como la de cualquier hijo de vecino; come, duerme, rie, llora, juega con los otros niños del barrio; lleva tan oculta su divinidad, que no se le conoce en nada. Asi llega á los treinta años. Entonces es cuando empieza á darse á conocer predicando una moral redentora, resúmen de cuanto bueno habian dicho los filósofos y moralistas antiguos. Agólpanse á su alrededor las muchedumbres, ávidas de oir al apóstol de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad humana. Mas ¡ay! que los sacerdotes y los potentados se alarman temerosos de una revolucion social; prenden al propagador de aquellas ideas disolventes, le abofetean, le encarcelan, le azotan y por último le clavan en una cruz, donde espira perdonando á sus verdugos.

Dios nacido! ¡Dios abofeteado! ¡Dios encarcelado! ¡Dios azotado! ¡Dios muerto! Y por quién? Por el pueblo elegido; por aquel pueblo que Dios quiso formarse para glorificarse en sus virtudes. Y aun no es esto todo. Dios se hace hombre para redimir la humanidad: ¿la ha redimido? ¡Quiá!...Desde que Dios se humanizó, el diablo es tan señor del mundo como ántes: esceptuando unas cuantas docenas de almas de papas, de obispos, de frailes y de monjas, unos cuantos centenares de ciegos y unos cuantos miles de chiquillos, el diablo carga con todas las almas y se las lleva á sus lúgubres cavernas. Y Dios, impotente para arrebatárselas, presenciará por toda la eternidad como millones de millones de criaturas, que son sus hijos que salieron derechamente de sus manos, se retuercen en medio de unas llamas que no se extinguirán jamás.

Este es vuestro Dios, católicos: este es el Dios que habeis criado, hijo de vuestras pasiones, de vuestras miserias, de vuestras conveniencias, de vuestros inextinguibles odios. Vosotros lo habeis engendrado; os pertenece. Quedáos con él, enhorabuena: porque el sentimiento, porque la razon, porque la virtud, porque la justicia; porque la razon humana claman de consuno contra ese Dios, lo rechazan y lo niegan. ¡Negarlo!... ¿Por ventura no lo negais tambien vosotros con las obras, aunque lo confesais con la lengua? ¿Podriais tener un momento de tranquilidad, si realmente creyérais en ese Dios veleidoso, iracundo, vengativo, que castiga en los hijos, por miles de generaciones, las faltas de los padres; que predestina las criaturas, las unas para el dolor eterno las otras para los eternos goces? ¿No ha hecho vuestro sacerdocio un mostrador del altar, del templo una lonja de comercio, de Dios el editor responsable de su codicia? ¿Qué virtudes teneis que no las tenga el más empedernido ateo? Vuestro Dios es vuestro, esclusivamente vuestro. No está en el cielo, ni en la tierra, ni en la conciencia humana: nació en vuestro corazon, lo formaron vuestros sentimientos: os pertenece. Es el Dios de las pasiones de una secta.

El Dios de la humanidad, el Dios del Universo, el Dios de la ciencia, nuestro Dios, es la causa eterna de los séres, creando desde la eternidad. La Creacion es coeterna con Él, la Humanidad es coeterna con Él, como efectos necesarios de una causa eterna. Sus leyes son la irradiacion eterna de su

poder, la criatura humana, la irradiacion eterna de su amor. No hizo el Universo de la nada: el Universo fué con Él desde el principio, como su verbo, como la espresion de su sér. Los mundos se forman, ruedan en el espacio y últimamente se disuelven y desaparecen, no por efecto de creaciones y voliciones especiales, momentáneas, sino en virtud de aquellas eternas leyes, siempre en actividad, como Dios mismo, de quien proceden.

No se comprende la eternidad sin el tiempo, ni la inmensidad sin la estension, ni lo infinito sin lo limitado, ni lo absoluto, sin lo relativo. Dios es la eternidad, la inmensidad, lo infinito, lo absoluto; las criaturas, el tiempo, la estension, lo limitado, lo relativo. Dios es lo absoluto en belleza, en bondad, en verdad: las criaturas son iniciaciones de lo bello, de lo bueno, de lo verdadero, ascendiendo eternamente hácia la perfeccion absoluta.

Como hay leyes físicas que rigen los mundos, hay leyes morales que rigen los espíritus, las individuales inteligentes relativas, las hijas de la inteligencia universal. Somos hijos de Dios; Dios es nuestro padre. Nos ha creado perfectibles: Él es nuestro límite: la perfeccion y la felicidad siempre progresivas nuestro camino. Nos aproximaremos eternamente á Él, sin alcanzarle jamás. Si quebrantamos la armonía moral establecida; si nos separamos de la senda que á la bondad, á la verdad y á la belleza conduce, en una palabra, si infringimos la ley, Dios no nos castiga; la ley se cumple: entonces se produce en nuestra alma un desequilibrio, que la obliga á sufrir, hasta que se ha restablecido la armonía. Para reconquistar la armonía; para lavar nuestras manchas y borrar nuestras impurezas, para rehabilitarnos reparando las faltas y enmendando las infracciones de la ley; para ascender en la gerarquía espiritual y conquistar la felicidad por nuestros merecimientos, tenemos toda una eternidad por delante. Si hoy no somos buenos, lo seremos mañana, dentro de un siglo, de diez, de ciento, de mil siglos. Porque Dios es nuestro padre, y nuestro padre no quiere que se pierda uno sólo de sus hijos.

Este es nuestro Dios, el Dios del Universo, el Dios de la familia humana universal esparcida en la Creacion: el templo digno de su grandeza no es de barro, ni el altar digno de su culto es obra de hombres; su templo es la inmensidad del espacio, y el altar de su adoracion la recta conciencia, el puro sentimiento de todas las criaturas que aman la verdad, la belleza y la justicia.

J. A. y P.

¡EL DIA DE FIESTA!

—

I.

Nada mas hermoso que un dia de fiesta, y nada mas triste á la vez, por que es cuando se ven mas de cerca los dolores y las alegrías.

Una multitud engalanada y risueña invade las calles de las grandes ciudades, la clase obrera ávida de luz, sedienta de aire, hambrienta de espacio, se desparrama por las afueras de la poblacion, se lanza al campo queriendo atesorar oxígeno para toda la semana, pero nunca faltan entre los ricos y los pobres cierto número de séres tristes y solitarios que para ellos no hay dia de fiesta.

Siempre recordaremos una mujer que conocimos en Madrid, durante algunos meses vivió frente de nuestro cuarto, aun era jóven y muy simpática, vivia completamente sola, durante el dia trabajaba en un taller de modista, y por la noche la veiamos algunas veces asomada á la ventana, especialmente las noches de luna; entablamos conversacion con ella, y supimos que se llamaba Clara, que no tenia á nadie en el mundo, y que la vida la abrumaba de tal manera que no habia puesto fin á sus dias por temor de no tener fuerza suficiente para herirse en el corazon; pero cuando mas sufro, nos decia, es el dia de fiesta, en particular si tengo que ir al taller medio dia.

—¿Por trabajar medio dia se entristece?

—Sí señora; si trabajo todo el dia me es indiferente, por que como no salgo á la calle no veo la animacion de la ciudad, que aunque algo se nota por la noche, como estoy cansada de trabajar, lo que deseo es llegar á mi casa y acostarme; pero cuando trabajo por la mañana únicamente, y salgo á las dos ó las tres de la tarde, hora en que todo el que puede sale á respirar y á lucir, no puede V. figurarse qué pena tan grande experimento al verme tan pobre y tan sola, sin tener un sér amigo con quien reunirme, ni un vestido que mudarme, al entrar en mi casa parece que entro en una tumba. ¡Oh! si yo pudiera.... crea V. que borraria del almanaque los dias de fiesta.

¡Pobre Clara! tenia razon; para los séres que sufren la alegria general parece un insulto.

Sin despedirse de nadie aquella desgraciada cambió de casa, y dos meses despues, yendo un domingo por la tarde con nuestra amiga Emilia por la calle de Atocha, nos llamó la atencion el ver cuatro hombres que llevaban una caja muy pobre, seguida de un viejo vestido decentemente, tenia traza de ser portero de casa grande, sin saber por qué nos acordamos de Clara, y nos persuadimos tanto que era ella la que iba dentro de aquella caja, que le preguntamos al único sér que la acompañaba si la muerta se llamaba Clara.

—Sí señora, nos contestó el viejo.

—¿Era jóven?

—Regular; todo la mas que tendria serian treinta años.

—¿Vivia sola?

—Y tan sola; ¡infeliz! de lástima vengo yo á su entierro, que no quiero que se diga que en donde yo estoy sale un muerto sin tener un alma caritativa que le acompañe al campo santo.

—Seremos tres en el duelo, replicamos.

—Sí, sí; añadió Emilia, que es obra de misericordia acompañar á los muertos.

El anciano aceptó con visibles muestras de gozo nuestra compañia, y durante el largo camino que hay hasta el cementerio general fuimos hablando de la poble Clara, y nos dijo el buen viejo:

—¡Pobrecilla! qué horror le tenia á los dias de fiesta!.... quien le habia de decir que en un dia festivo la habian de enterrar, y en un domingo se habia de poner mala!

—En un dia de fiesta cayó enferma; tambien es particular.

—Sí señora; hoy hace quince dias estuvo trabajando toda la mañana, y cuando volvió mi mujer y mi hija la hicieron entrar en la porteria para tomarle parecer sobre un vestido que se estaban haciendo; en esto paró un coche á la puerta, bajando de él un caballero muy bien portado con una señora. Clara al verlos se quedó asombrada, dió un grito espantoso y cayó al suelo delante de ellos; la señora se asustó, diciendo:—¡pobre muchacha! y el Señor se puso mas amarillo que la cera, y sin decir una palabra se fué escaleras arriba.

Cuando Clara volvió en sí, con mucho trabajo me dijo por que apenas podia hablar, que la lleváramos á su cuarto, la subimos, la acostamos, y no se volvió á levantar más, la infeliz me entregó todos sus ahorros, pidiéndome que por Dios no la llevásemos al hospital.

Mi hija, que tiene muy buen corazon, se encargó de cuidarla, y esta mañana á las cinco entregó su alma á Dios.

Cuando llegamos al cementerio abrieron la caja y reconocimos á Clara, parecia que estaba dormida y que se sonreia, diez minutos despues la sacaron del ataud y la enterraron en la fosa comun, el pobre viejo estaba profundamente conmovido, y nos dijo con triste acento: ¡Quiera Dios que mi hija no se quede tan sóla en el mundo!

II

Desde aquel dia, siempre que llegan grandes festividades nos acordamos de Clara, y cuando vemos un cuadro de familia mucho mas.

Ultimamente se avivaron nuestros recuerdos, por que una familia amiga, compuesta del matrimonio y dos hijos, una niña de cuatro años, y un niño que cuenta dos inviernos, nos invitaron á comer en su com-

paña un domingo, que justamente celebraban el santo de la esposa, y mientras esta concluia de arreglar la comida, nos sentamos en un hermoso terrado, desde el cual se contemplan altas montañas, casitas blancas como la nieve y frondosisimos jardines, nuestro amigo con su hijo en brazos se entretenia en hacerle andar, riéndose alegremente de los esfuerzos que hacia el pequeñuelo para echar el paso, despues cogió un carrito, sentó á su hijo en él, y le paseó en todas direcciones, en tanto que la niña envidiosa de su hermano pedia que la paseasen á ella tambien; y el padre, entre sus dos hijos estaba tan ocupado que no sabia á quien atender.

Rendido al fin de tanto correr y hacer gimnasia, se sentó en un escaloncito de cara al sol, sosteniendo entre sus rodillas al pequeñuelo, la niña se sentó junto á su padre, y entre los tres se establó un animado diálogo de signos, gritos y palabras, cada uno se expresaba segun podia, pero unos á otros se entendian perfectamente, y formaban un cuadro tan risueño aquellos tres séres, irradiaba en sus semblantes tan dulce satisfaccion, que al contemplarle involuntariamente nos acordamos de la pobre Clara, y murmuramos: ¡Qué diferencia! para nuestro amigo ¡que hermoso es el dia de fiesta! trabaja toda la semana deseando que llegue el domingo para consagrarlo por entero á sus hijos. ¡Con cuánto placer juega con ellos! ¡con cuánta paciencia accede á los caprichos de sus pequeñuelos! como procura hacerles gozar! verdaderamente para nuestro amigo el dia de fiesta es un dia bendito.

Despues de comer vá con su esposa y sus hijos al café del Circulo de donde él es secretario, y los chicuelos están alli como en su casa, ¡qué caritas tan alegres pusieron cuando los sentaron junto á la mesa y les sirvieron el café! con sus ojos, cuantas cosas decian aquellos inocentes! y su padre, qué satisfaccion tan pura revelaba su semblante al ver á sus hijos tan contentos y tan sonrientes, ¡qué hermoso es el dia de fiesta para el padre de familia que sabe cumplir con su deber! celebra en su alma una verdadera fiesta al consagrar á esos goces purisimos que proporciona el amor de la familia.

En nuestro amigo lo hemos visto, y no se crea que este es de un carácter amoroso, no, no es de esos séres sensibles que se conmueven fácilmente, pero sabe querer, y le dá á los afectos de familia su verdadero valor concediéndole al dia de fiesta la gran solemnidad que en sí tiene, dia consagrado al reposo, al goce intimo del espiritu, y de qué manera puede éste ser mas dichoso, que rodeándose de sus séres amados, complaciéndose en verles sonreir como hace nuestro amigo; en la tierra no hay goce superior al que proporciona el amor de la familia, y contemplando esa dicha inapreciable recordábamos á Clara y repetiamos; ¡qué diferencia! ¡cuánto le temia aquella infeliz á los dias de fiesta! y tenia razon, en las horas que todo el mundo reposa es cuando el alma se encuentra mas sola, si la soledad es su patrimonio, entonces es cuando se pone de relieve el abandono y la miseria que le rodea al que vive solo como un anacoreta, entónces es cuando mas se echan de ménos los padres, hermanos y amigos, entonces es cuando la envidia, (perdonable en aquellos momentos) se apodera del corazon del infortunado, y dice como decia Clara:

¡Por que no serán todos los dias iguales? por qué el hombre no trabajará siempre para olvidar sus penas atendiendo á su tarea?

III.

«¡Qué tristes son los dias de fiesta, (nos dice un espiritu) para los que no pueden rodearse de amorosa familia!»

«¡Cuantos séres hay como la pobre joven que acompañaste á su última morada! Yo he sido una de sus compañeras de infortunio, atraida por tus compasivos sentimientos estaba á tu lado el dia de fiesta que refieres en tu articulo, Clara tambien estaba junto á tí, contemplando aquel cuadro de familia que tanta impresion te causaba; ¿recuerdas? tuviste algunos instantes melancolia, y es que nuestro fluido te envolvia por completo.»

«Yo no te he abandonado, habiendo en-

contrado un sér que sabe compadecer, y que tiene condiciones medianimicas, no he querido perder esta buena ocasion de comunicarme contigo, no voy á contarte grandes aventuras, solo te hablaré de mi última existencia que fué triste como un gemido, viví sola como un anacoreta, tu que comprendes lo que es la soledad, te prestarás complaciente á escribir una página de mis *memorias*.»

«Entré en ese mundo bajo tristisimos auspicios, mi pobre madre para darme á luz segun he visto despues, tuvo que cubrirse el rostro con un negro anti-faz para que no la conocieran las personas que la rodeaban, sin recibir un beso de mis padres me depositaron en la inclusa, llevando entre mis ropas una gran suma de oro, y una carta dirigida á un alto funcionario de la iglesia, en la cual se le suplicaba que á mi mayor edad se me hiciera profesar si antes no se me habia reclamado, acompañaba á esta carta media medalla de plata de la virgen del Pilar, que debian guardar en mi rica envoltura.»

«En la inclusa cumplieron fielmente cuanto se les encargó, la superiora, mujer buena y sensible, me quiso mucho, pero en esos establecimientos que llamais benéficos, viven muriendo los infelices cuyo infortunio les arroja del hogar paterno, especialmente los que tienen desarrollada la sensibilidad.»

«Yo fui una verdadera sensitiva, asi es que mi sufrimiento fué inmenso; desde bien pequeña, recuerdo perfectamente, que cuando algun dia de fiesta nos sacaban á paseo yo trataba de contener mi llanto y me era imposible, al ver una señora con una niña de la mano, sentia un dolor tan agudo en el corazon que lanzaba lastimeros ayes, los que eran castigados por las hermanas que nos acompañaban con fuertes golpes, y me prohibieron salir.»

«Esto último respondia á mis deseos, para mi llegó á ser un verdadero suplicio salir con mis compañeras, cuando me veia tan mal vestida entre una muchedumbre engalanada, cuando contemplaba los niños que iban con sus padres jugando alegremente, pensaba en los mios y les decia:—¡ingratos! —¿por qué me habeis abandonado? ¿por qué me habeis dado la vida y la muerte á un mismo tiempo? y crecí tan triste, tan meditabunda, que en la casa todos me llamaban *la dolorosa*. Y efectivamente, habia en la iglesia de aquel asilo un grsn lienzo de la virgen de la Soledad, que parecia mi retrato, fui muy bella, y hasta mi hermosura me causaba pena, cuando contemplaba mis rubios cabellos que destrenzados me cubrian con un manto de oro, decia:—¿De qué me sirven estas trenzas tan hermosas? si nunca una flor se ha de enlazar á ellas?

«El capellan de la casa y la superiora, me hablaban contínuamente de las delicias del claustro, pero yo sentia tal horror por la clausura, que me ponia como loca, y gracias que la superiora me quiso mucho y me protegió con todo su valimiento, hasta el punto que no permitió que me separasen de ella, diciendo que en último caso, si yo no queria ser monja mi dote seria cedido á los bienes de la iglesia y yo trabajaria para vivir.»

«Yo acepté el plan con trasportes de alegria, por que preferia la libertad á todo, nunca perdí la esperanza de encontrar á mis padres, y decia; Si me encierro en un convento moriré sin verlos, y una voz secreta me decia: ¡*busca y hallarás*!»

«Cuántas veces yendo de paseo con mis compañeras, si veia una señora pálida y triste, reclinada en su carruaje mirando con indiferencia en torno suyo, mi corazon apresuraba sus latidos y yo decia:—¿Si será esa mi madre que piensa en mi?»

«Mi figura era muy delicada, y mis gustos tambien, aprendí las labores de mi sexo con tal perfeccion que era el orgullo del establecimiento, vinieron varias señoras á buscarme para maestra de sus hijas, pero la superiora rehusó obstinadamente todas las proposiciones, cuando una tarde me llamó muy conmovida, y con gran sorpresa mia, me dijo:—Mañana irás á casa de la condesa de San Juan, en calidad de maestra de labores, saldrás todas las fiestas y vendrás á decirme como te tratan.»

«Lloré tristemente al separarme de la su-

periora, yo no conocia á la condesa, y cuando entré en su casa sentí un frio intenso en todo mi sér, primero vi á mis nuevas discípulas, que eran cuatro niñas altivas y orgullosas, que apenas de dignaron corresponder á mi saludo, á poco entró la condesa, que me saludó friamente, y yo no sé que senti al verla. Ella misma me condujo á mi cuarto, y al verse sola conmigo me pareció que me hablaba con mas agrado. Yo me sentí mas animada para mirar su triste y pálido semblante, y desde aquel dia sufrí, si cabe, mucho mas que en el Asilo.»

«Las criadas no me querian, por que decian que yo era muy orgullosa siendo una pobre infeliz como ellas, los señores, á pesar de mi distincion, no me concedian las atenciones que yo deseaba, asi es que vivia tan sola que la existencia me era insoportable. Los dias de fiesta, ¡cuánto sufria! veia salir á la condesa en su coche con sus dos hijas menores, y las mayores iban á caballo acompañadas de su padre y apuestos caballeros, salian los criados escepto los que quedaban de guardia, y yo me quedaba en mi cuarto sola y triste.»

«Si salia para ver á la superiora, al cruzar las calles, que tenia que atravesar toda la ciudad, sufria al ver la dicha de los demás, asi es, que mi pesadilla eran los dias de fiesta, por que los de trabajo, la condesa obligaba á sus hijas á trabajar, dándoles ella el ejemplo, bordando un manto para la Virgen de los Dolores, yo le ayudaba, y entonces mo creia casi feliz, la condesa me hablaba familiarmente, sus hijas no se desdeñaban de dirigirme la palabra, y la mas pequeña solia decirme, ¡qué lástima que no tengas madre! ¡pobrecita! pero mira, ya te querré yo.»

«En aquellos momentos me parecia que estaba en mi centro.»

«Un domingo por la tarde la condesa no quiso salir, salieron sus hijas y su esposo, y á poco entró ella en mi cuarto y me ordenó que la siguiera, la obedecí, entramos en el oratorio, cerré la puerta y volviéndose á mí, me estrechó en sus brazos con verdadero frenesí. Yo correspondí á sus caricias, por que comprendí perfectamente el lazo que nos unia, hay acciones, movimientos y miradas que hablan con mas elocuencia quel cien discursos.»

«No sé el tiempo que estuvimos abrazadas pero fué un largo rato, yo estaba asida á su cuello y mi cabeza echada en su hombro, me parecia que habia muerto y que me encontraba en el cielo. Ella fué la que al fin con la mayor dulzura me separó de sí haciéndome sentar en un taburete, dejándose ella caer en un sillon, y cubriéndose e rostro con las manos dió rienda suelta á su llanto, yo apoyé mi cabeza en sus rodillas y sus lágrimas caian sobre mi frente bautizándome con el agua del amor, logró tranquilizarse algun tanto y me dijo con amargo acento.»

—Es necesario que abandones esta casa, creí que podria resistir tu presencia, pero no puedo, venderia mi secreto, y de él depende la paz y el honor de una noble familia, mi esposo perderia la razon, mis hijas me despreciarian, no, no; tu no puedes permanecer aquí, si algo vale para ti el ruego de una madre muy desgraciada, entra en un convento, conságrate á Dios, y ruega en el silencio de tu celda por tu pobre madre, ó de lo contrario abandona este pais, tú no puedes vivir en la misma nacion que yo, el sobresalto me mataria, pero créeme, si algo me amas, oculta en un monasterio tu juventud y tu hermosura, eres fruto del pecado, entraste en el mundo llenando de oprobio á los que te dieron el sér, y la sociedad no te ofrecerá mas que falsos halagos para perderte; te falta un nombre y una familia, perdóname, hija mia, y cree que en el pecado he llevado la penitencia; cada vez que he sentido los dolores del alumbramiento he pedido á Dios que acabasen mis dias.»

«¡Ay de aquel que comete una falta!.... ¡ruega por los pecadores, hija mia!

«Hay momentos en la vida que la violencia de las sensaciones nos quita el uso de la palabra, yo escuché á mi madre sin interrumpirla, sentí en todo mi cuerpo dolores horribles, como si tenazas de hierro candente oprimieran mis miembros, me levanté

maquinalmente, quise abrir la puerta, y al abrirla cai sin sentido.»

Cuando volví á la vida de relacion me encontré en la enfermería del Asilo donde pasé mi infancia y mi juventud. Todos los sucesos pasados vinieron en tropel á mi memoria, pregunté por el capellan de la casa y por la superiora, ambos vinieron y les participé mi resolucion de entrar en un convento en cuanto me pusiera buena, la superiora me abrazó llorando, por que sabia la lucha que yo habia sostenido rechazando la clausura; seguí enferma hasta el punto de conocer que iba á dejar la tierra, y me alegré con toda mi alma, ví llegar la muerte como una madre cariñosa, y me entregué á la dicha de morir creyendo en mi reposo eterno. Pedí á mi confesor que hiciera lo posible por avisar á la Condesa, pidiéndole que viniera á verme. Aquella misma tarde que era domingo vino mi madre, y como si mi espíritu estuviera esperando su llegada para dejar un planeta donde tanto habia sufrido, en el instante que la Condesa se inclinó sobre mi lecho exhalé el último suspiro y ella besó la frente de un cadáver.»

«¡Pobre mujer! cuán triste ha sido su vida!»

«Ella y yo tenemos una larga y dolorosa historia, la soledad íntima es nuestro patrimonio hace muchos siglos; ni para ese espíritu ni para mí hay dias de fiesta; ó hemos vivido sin familia como me sucedió últimamente, envidiando hasta el infeliz ciego que llevaba un pequeñito en sus brazos, ó terribles recuerdos han envenenado mi existencia, que no he disfrutado ni un segundo de verdadera tranquilidad.

«Cuando encuentres en tu camino esas pobres jóvenes recogidas en los Asilos benéficos, tú que sabes compadecer, dirigeles una mirada de ternura, que son los pobres desheredados sin hogar ni pátria, que no tienen en su penosa peregrinacion ni un dia de fiesta.—Adios.»

¡Pobre espíritu! no necesitamos de su encargo para mirar con pena á los niños y á las jóvenes recogidas por la beneficencia del Estado. Siempre que las hemos visto hemos murmurado:—¡Cuántas historias tristes hay en el mundo!

El dia que contemplábamos á nuestro amigo acariciando á sus hijos, tambien recordamos á los muchos huérfanos que hay en la tierra, y deciamos mirando á aquellos dos pequeñuelos.

¡Dichosos de vosotros! que sostiene vuestros pasos el amor de una madre y la tierna prevision de un padre.

Para vosotros hay dias de fiesta! el sol de la felicidad brilla en el cielo de vuestra vida!

Sonreid, pequeñitos! sonreid con inmenso júbilo! entrais en el mundo pisando flores! vuestra madre os bendice con sus besos! vuestro padre se deleita enseñándoos á andar...¡ángeles de la tierra! ¡qué Dios prolongue vuestro dia de fiesta!

Amalia Domingo Soler.

UN VIAJE A LA LUNA.

—

En estos momentos de febril escitacion politica, que todo se vuelve hablar de elecciones y candidatos, que si puede haber habido ó nó juegos de prestidigitacion ó manos sucias; que—lo que á mi parece filfa—si volviendo á aquellos antiguos y tradicionales tiempos, se han verificado ó no otros milagros ó sean otras resurrecciones de Lázaros...ó que terribles decapitaciones se hayan ó no verificado, por medio de un plumazo;...apartarme quiero de. ese turbulento ó embravecido mar de la mentira; y dejando á otros mortales que se despellejen, dirigiéndose enconados, las más feroces diatribas,...remedando yo al astuto gorrion que al traslucir un cazador que huela á pólvora bien que sea un quidam ó un pastor que lleve al hombro un palo;—tenderé mi vuelo cual *Condor ó Cipaeto*, dirigiéndome hácia el infinito, comtenplando asi el celeste y magnífico panorama del Orbe estrellado, con cuyas maravillas se ha deleitado mil

veces mi espíritu, toda vez que, allí y sólo allí, perenne veo siempre la inmutable realidad.

Al vuelo pues, y con esos seráficos deeites que me brinda la Naturaleza, y con sus leyendas el atrevido aereonauta y filósofo eminente, Flammarion, al espacio me dirijo, buscando con avidez el cuerpo ó globo etéreo que se me presente, ya que muchas noches he soñado con otros mundos habitados, afanoso tal vez de estar con más holgura en otras moradas célicas, para salir en fin de ese atroz berengenal:

Hácia donde me dirijo..? Hácia la luna.

Lumbrera querida de las noches solitarias‘ continúa en el cielo de nuestras meditaciones: renueva esas fases que forman nuestros meses,... derrama tu rocío de luz en el aire límpido.

El viajero te eligirá siempre por guia nocturno en los senderos del mar ó en las campiñas desiertas.

Te amará el jóven piloto
Cuando en su buque flotante
Sobre el líquido elemento
La noche tranquila pase.
Te amará el pastor anciano
Cuando viajando hácia el valle,
Al mirar tu frente pálida
Sus fieros mastines ladren.
Siempre rejuvenecida
Serás de los paseantes
Bendecida, Luna llena,
Cuarto creciente ó menguante.

¿Qué mundo, pues, más digno de ser visitado por el hombre que la Luna,... esa Diosa misteriosa y triste que nos acompaña? Solícita nos sigue siempre sin abandonarnos por los espacios, ligada intimamente á nuestros destinos,... separada solamente de nosotros por una distancia de 96,000 leguas‘ que representa un paso en el Universo.

Nunca podrá el hombre de la Tierra poner allí sus piés; pero ya que nuestro cuerpo clavado en este suelo no puede abandonar su morada, podrá invadir aquel astro nuestro pensamiento, en razon de su albedrío, lanzándose sin obstáculo hácia las remotas mansiones del Infinito. ¿No nos representamos los objetos á la imaginacion como s los viésemos, aquellos de que nos acordamos? Cuando nos fijamos en la forma, en el color, en el aspecto de una cosa, ¿no se graba su imájen en nuestra mente? Pues bien, hagamos con ese pensamiento escrutador y atrevido, un viaje hácia nuestro satélite.

La luz recorre 77,000 leguas por segundo: el pensamiento, pues, mas velóz aún que ese agente poderoso, tardará menos de un segundo en llegar al objeto de nuestras investigaciones. Partámos.....

A dó estás astro meditabundo misterioso y constante compañero? ¡Ah! Ya te contemplo..! Mas qué veo! ¿Tú eres aquella Luna cantada por los poetas, la reina de la noche, la hermosa sultana de este Harem, la inspiradora de amor en las novelas en cuyos ojos se miran los tiernos enamorados..? Qué es lo que veo ahora en tí...? A dó está esa hermosura y atavíos con que yo creía verte engalanada cuando tu argentado disco rielaba en las tranquilas ondas del Mediterráneo..? Nada: solo el silencio y la muerte. Este es tu tétrico paisaje. Ningun ruido, ningun sonido se percibe en tu seno: ni siquiera el suspiro del viento entre los árboles, ni el plañido de las olas al romperse suavemente en la playa; ni el dulce y tiérno canto de las aves despiertan los ecos de este mundo sepultado en eterno sueño. Mas porqué?... ¡Ah!.. En tí no hay atmósfera; en tí no hay nubes, ni agua, ni aire casi, pues no se percibe, meciéndote solamente en ese inmenso océano oscuro salpicado de estrellas luminosas.

Veo tus montañas: son muy altas, algunas mucho más que las nuestras de la Tierra. Mas no distingo ni siquiera nieves en tus polos. Qué estraño misterio te rodea? ¿Cómo ha de haber nieves, si no tienes ni aire, ni agua, ni nubes? Ni aire ni agua! Y esos cráteres, esos circos, miden dimensiones asombrosas. ¡Ah! Ya veo el de Clavius! Qué enorme redondel! Cuántos dias emplearíamos para darle la vuelta! Agudas crestas hendidas, cráteres de volcanes me cercan por todas partes. Veo formadas tus montañas de una piedra blanquecina, semejante á la cre-

ta... ¡ah! por eso al enviarnos los rayos del sol resplandeces tanto, y ahora, al mirarte de cerca me deslumbras! ¡Oh! si: ahora comprendo la razon porque tus regiones montañosas, esas altísimas crestas parezcan tan brillantes en tu disco al contemplarte desde allí con poderosos instrumentos ópticos.

Tus llanuras, por el contrario, formadas de ese cieno enjuto y ese color que tienen agrisado, son oscuras, efectando vagamente la forma de lagos, mares ó archipiélagos, y ahora ni una sola gota de agua veo correr en tus extraños paisajes!—¿Qué cuadro de desolacion es este cual me ofrece la topografía de nuestro satélite tan admirado por nosotros..? Cémo explicar tantísimas ruinas? En tí no hay gases, ni una atmósfera bienhechora que te vivifique como á la Tierra. Razon tienen nuestros sábios astrónomos con sus recursos ahora, al contemplarte, diciendo que eres un astro decadente..! ¡Ni un dia apacible y hermoso tienes, como muchos que disfrutamos en la tierra, á pesar hoy de sus miserias! Aquí, al Sol, abrasados quedaríamos los Terrenos; á la sombra de estas rocas, de estas inmensas cordilleras puntiagudas de los Apeninos, solo tinieblas; nada de esfuminacion ni medias tintas que con aquel suave azul forman en nuestro mundo, por el aire, la hermosa perspectiva aérea. Nada de diáfanos colores! Todo árido, seco, duro y fuerte. En una parte, solo luz que deslumbra,...y en la opuesta, la tristeza, la soledad, el abandono, la muerte.

¡Ah! Ni mares, ni lagos, ni torrentes que se desprendan de tus vertientes para atenuar ese sol abrasador que te ilumina,..y, sin embargo, antes tenias para nosotros mar Mediterráneo, Océano de las Tempestades, Lago de las Sueños, Pantano de las Nieblas,...cuyos nombres conservan aún nuestros sábios para designar con ellos tus inmensos desiertos y llanuras.

Triste es el espectáculo que veo ahora permanente siempre dia y noche. De dia, sol abrasador y deslumbrante; de noche, un negro crespon envuelve tu tristeza, *distinguiendo* únicamente desde este singular observatorio astronómico, todos esos miles y miles de cuerpos celestes que te rodean á una distancia inmensa.

Mas ¿qué globo es éste tan próximo, que veo ahora, cuyo disco brillante parece otra Luna girando en este cielo oscuro? ¿Será esto ilusion ó efecto de espejismo? Tambien tiene manchas este disco: no afectan, como tú á nosotros, la figura de un rostro humano; pero veo en este disco un triángulo amarillento sobre un fondo verdoso y en otra region... ¡Dios mio! ¿Cómo puede verificarse semejante maravilla celeste? Este globo, es la tierra! Si, la Tierra!...Reconozco estos lugares que hemos visto y estudiado en los globos terrestres: el Africa, el gran triángulo; el Asia, la Europa...ahi está: España, los grandes mares! Y esa inmensa Luna tan brillante es mi morada y yo aquí que la contemplo..! Más como puede ser esto? Ah! si: recuerdo que aqui estoy, con mi alma, mas no en mi cuerpo.

¡Qué diferencia de paisajes los tuyos, Luna, con los de la Tierra! Y yo huia de ella creyendo ver en ti encantadoras campiñas, amenos valles, deliciosos jardines y verdes praderas! ¡Cuán grande mi desencanto ahora!

Sale el sol aquí; viene el dia de repente sin precederle el resplandor del alba, ni acompañarle en su ocaso los arreboles del crepúsculo. Salir el Sol y ser de súbito un dia brillante, es todo uno. Se iluminan las cimas de las montañas, pero los valles permanecen todavía en la sombra, hasta que los rayos del sol penetran en sus profundidades y en el fondo de los cráteres. Con el ardor de un dia semejante el calor desarrollado por la presencia del Sol, es cada vez más creciente, acumulándose hasta tal punto, que llega á sobrepujar al del agua hirviendo.

¡Asi del dia, llega repentinamente la noshe, sin transicion, sin crepúsculo, cuyos arreboles son tan magníficos y sorprendentes en nuestra Tierra...! Noche oscura, helada, con un frio tan intenso y terrible es la tuya, como lo era el calor durante el dia.

Eres por ventura, astro misterioso, un mundo que ha concluido?

¿A dó están tus moradores? ¿Será un ejér-

cito liliputiense que se escape á mis miradas? ¿Eres Luna, un mundo pasado, presente ó futuro?

Me confundo; no lo sé. Mas segun veo tus huellas de destruccion marcada, todas las probabilidades son de que tu reinado, en el orbe, no es futuro. Y yo te adoraba desde la tierra, y mirándote silencioso y meditabundo, más de una vez decia: quien á tu seno pudiese vivir hermosa Luna, astro misterioso luciente de la noche.

. . . .

«Esos volcanes, esos cráteres, esos lagos, esos mares desecados, esas colinas, esos valles, te hablan claramente de otras edades, —dijo una voz suave como el céfiro:—de otros tiempos en que las llamas surcaban estos campos: en que los volcanes vomitaron sus lavas: en que los cráteres arrojaban al viento sus entrañas: en que el aire, el agua, el fuego, el lodo, el polvo, la tempestad, barrian estas tierras, hoy sepultadas entre estos millares de despojos visibles aún... ¡Sí, esta es la misteriosa Luna que os acompaña á los moradores de la tierra, cuyo astro, lejos de patentizar á tu espíritu la magnificencia que soñaste, te revela tal vez el destino ulterior de vuestro mundo.»

Me he quedado viendo visiones, y hecho luego el balance entre ambos cuerpos celestes, la Luna y nuestra Tierra, hago como el mochuelo: me vuelvo á mi olivo, ya que es mejor vivir en la Tierra, á pesar de sus miserias, que morar en ese astro taciturno, árido, mortífero y decadente, por mas que nos parezca bello, risueño ó apacible desde la tierra, iluminadas sus altas montañas, antes volcanes, por el Sol.

R.

Crevillente 30 Enero 1883.

Sr. Director de La Revelacion.

Distinguido hermano en creencias: Terminadas las *misiones* con que unos padres franciscanos han honrado esta villa desde el 16 del presente Enero hasta esta fecha, se cree en el deber este Centro Espiritista de poner en conocimiento de esa redaccion nuestras impresiones por si las juzga á propósito procure su insercion en la apreciable *Revista* que V. tan dignamente dirije.

Le dan gracias por ello todos los admiradores de la sublime doctrina del *Nazareno*, haciéndose intérprete de los mismos este

Centro Espiritista.

MISIONES EN CREVILLENTE.

I.

Deseosos de oir la voz de la elocuencia, allí donde se exhibe, gustosos hemos acudido todas las noches al magnífico templo católico de esta villa, donde dos frailes franciscanos han alternado en sus discursos ante numerosa concurrencia, y sentimos que nuestro habitual trabajo no nos haya permitido asistr á igual número de sermones que han pronunciado en los mismos dias por la mañana. Pero, como es de suponer en buena lógica que estos religiosos habrán predicado en igual sentido tanto de dia como de noche, nos bastan los argumentos escuchados para deducir las consecuencias ó resultado de la mision.

No somos de los que anteponemos al juicio el mayor ó menor apasionamiento por la idea, léjos estamos de juzgar este ó cualquier otro acto, con criterio preconcebido; tampoco hemos de escatimar nuestros plácemes merecidos, aunque al prodigarlos, recaigan en personas que en parte merezcan tambien nuestras censuras. En tal concepto, pues, hemos experimentado gratísima emocion al escuchar al orador en todos aquellos periodos de sus discursos que, con tono y criterio elevadísimo (á pesar de su dificultuosa pronunciacion) presentaba á los fieles el inmenso sacrificio y abnegacion del *Mártir del Gólgota*, su imponderable amor á la humanidad, la moral de las máximas evangélicas, la conveniencia de seguir aquellos divinos preceptos imitando en lo posible la saludable enseñanza del Maestro. Grande fué nuestra satisfaccion al escuchar de labios tan autorizados para aquel público, los preciosos dones de la virtud, el premio á las buenas obras, el amor que mútuamente nos debemos, y la recompensa que por ello alcanzamos. Profunda fué tambien nuestra atencion, produciéndonos inmenso júbilo en todos aquellos momentos en que los religio-

os presentaban la asquerosidad del vicio, el esfuerzo que nos cumple para despojarnos de todos nuestro defectos, y en fin todos aquellos apropiados consejos encaminados á evitar la murmuracion, la envidia, el rencor, los celos y demás bajas pasiones del hombre, que al producir los consiguientes perniciosos efectos á nuestro prójimo, hieren de rechazo al mismo, y le conducen á la perdicion.

En todos estos períodos brillantes que hemos apuntado, admirábamos la elocuencia sagrada, y gozábamos al considerar la benéfica influencia que habia de ejercer sobre aquel auditorio ávido de la verdad. En este sentido damos la mas cumplida enhorabuena á los padres misioneros. ¿Cómo no darles nuestro parabien si nuestra doctrina se identifica enteramente con la espresada? ¿Cómo no felicitarle si comprendemos que esa debe ser la mision de los predicadores? Y ¿cómo no quedar satisfechos de que se instruya al pueblo moralizando sus costumbres, afirmándole la recompensa del bien y presentándole la deformidad del vicio y las consecuencias del mal? Aplaudimos, si, una y mil veces á estos oradores por lo que en parte nos han aleccionado y por la mejora que sin disputa han de reportar á la sociedad crevillentina.

Pero ¡ay! que en esa cátedra, llamada del Espiritu Santo, la divina paloma no inspira siempre al encargado de trasmitir á los fieles su espresion; aquellos ministros, cuya elevada mision satisfactoriamente cumplieran ciñéndose á las cosas espirituales, descienden con frecuencia á las bajas regiones terrenales, manifestándose abiertamente los defectos del hombre, y la escuela ultramontana, con su odio al progreso é intransigencia que le caracteriza, respira su odio y fulmina su anatema á la civilizacion moderna. Asi han correspondido tambien estos padres: aquellos purísimos destellos de nuestro credo, firme encarnacion de la enseñanza evangélica, de humildad y de perdon, los han completado con otra enseñanza diametralmente opuesta, fijando á la teocracia como dueño absoluto de las ciencias, condenando al que no piensa y cree lo que aquella piensa y decide.

¡Cuánto nos hubiéramos alegrado al tener tan solo motivos de elogio para los frailes! Pero no ha sido asi y sin pretensiones de ninguna clase, nos vemos obligados á señalar asi mismo todos aquellos conceptos emitidos con imprudencia unos y demasiado erróneos otros para que no puedan pasar sin nuestra protesta, llevando la conviccion de que la verdad debe resplandecer en todas las circunstancias y condiciones del espiritu humano y de que este viene obligado á indicar el error alli donde se encuentre para evitar los escollos que puedan presentársele al que, fascinado por la palabra, siga sin prevision la mentira engalanada con el ropaje de la verdad.

Como esperábamos, pues el neo-católico no se corrige ni enmienda, en la primera plática oimos ya maldecir la revolucion, atribuyendo á ésta todos los males de la sociedad; y como el mal no puede prevalecer largo tiempo sostuvo el orador que las revoluciones pasan y el principio del bien, ó católicismo romano, triunfa siempre de la revolucion. Al efecto recordó la espulsion en España de los frailes y la preeminencia de ellos en la actualidad; y en nuestro concepto para hacer constar de que la iglesia ha de prevalecer sobre todas las evoluciones sociales (si asi lo creen) no precisa herir el sentimiento liberal de la nacion, ó en aquel caso, el de la mayoría ó minoría de los oyentes. Si la mision del religioso es de atraccion, mal puede allegarse el ofendido á quien le infiere la ofensa. Si la intencion del padre fué tan solo la de apercibir y halagar al mismo tiempo al elemento ultramontano con el recuerdo de la espulsion y el triunfo aparente del dia precursor de otros mas afortunados, tampoco vemos la oportunidad de la ostentacion porque el alarde inflama y retarda el triunfo.

Siendo nuestro único objeto refutar toda argumentacion contraria á nuestra filosofía, no queremos detenernos en multitud de conceptos emitidos por estos oradores que esencialmente no nos afecten, pero cuya falsedad nos fuera fácil demostrar. Reduciéndonos, pues, á nuestra idea, cúmplenos en primer lugar establecer la preeminencia de la razon cuya autoridad negó en absoluta, pero sin pruebas, el orador; y como nosotros no afirmamos sin demostracion, vamos á suplir la falta de aquel patentizando la soberania que aceptamos; con lo cual quedará derrumbado hasta los cimientos el formidable castillo en que pretenden todavia levantar su pendon roto ya en mil pedazos por las invencibles armas del progreso.

Examinemos pues, el argumento en que se apoya el neo-catolicismo para rechazar tan legítima autoridad.

«Siendo el hombre limitado en sus facultades, dice, está sujeto al error, de ninguna de sus palabras se puede tener certeza abso-

luta, y ninguna de sus concepciones puede revestir el sello de infalibilidad: luego á la razon le faltan condiciones esenciales para ser autoridad, y no puede admitirse como tal. Solo la palabra de Dios revelada en las Santas Escrituras, é interpretadas por la Iglesia; las decisiones de los padres de la misma, que son dictadas por el Espíritu Santo, que no se engaña; y la tradicion, que es la enseñanza universal, pueden ser autoridad.»

Este es su principal y capitalísimo apoyo; y en verdad que es seductor para el génio que solo aprecia la superficie de las cosas; pero que no engaña al medianamente pensador que penetra hasta el fondo de aquellas. El espresado argumento entraña un sofisma que consiste en dar al hombre la posesion de la verdad si siguen aquellas indicaciones prescindiendo de su facultad receptiva, la razon. Que tal sofisma resulta lo patentizaremos al demostrar que no es posible, al no emplear el hombre su criterio, hallar la certidumbre que pretende; y aun admitiendo, por un momento como autoridad el sagrado libro y circunstancias que nos recomiendan, nos bastará para ello las siguientes interrogaciones:

¿Quién les dice á estos ciegos que en la Bíblia está la palabra de Dios? No podrán menos de admitir; que despues de una operacion del entendimiento, solo la razon les puede determinar afirmándolo. ¿Cómo interpretan esa palabra aquellos padres que de ellos se encargan? Seguramente no es por medio de las impresiones de los sentidos, sino por mediacion de su facultad especial de discernir. ¿Y cómo los otros han de creer en los escritos de aquellos padres? Dios no habla ante ellos, y solo se concibe que al admitir sus afirmaciones es porque la razon les ha prestado conformidad. Lo mismo les sucede en las decisiones de los concilios al pretender se declare de dogma cualquier punto, hay sus defensores y opositores, ámbas partes alegando los argumentos mas poderosos para llevar al ánimo de la mayoría el convencimiento de lo mejor. ¿A qué, pues, si no juzgan autoridad la razon procuran con ella atraerse á su bando las demás voluntades; porqué no se cruzan de brazos, enmudecen sus lenguas y esperan la resolucion del Espíritu Santo?... Y ¿saben por qué la tradicion tiene acceso en la conciencia? La tiene, sí, porque la razon, haciéndose cargo de las narraciones, casos y circunstancias, se pronuncia más ó ménos en favor del hecho-trasmitido segun ésta presente mayor ó ménor grado de probable realidad.

Luego si no pueden prescindir de la razon para admitir sus creencias; si por ella se afirman en su fé, si su testimonio es el que mide todos los otros testimonios, es evidentísimo que sobre su autoridad descansan todas las demás autoridades.

Hemos visto que la escuela teológica se funda, sin embargo, en un argumento aparentemente firme cuando dice: «si la razon se engaña ¿qué confianza puede merecernos, y como hemos de considerarla juez de nuestros actos, ajustando nuestras acciones y dirigiendo nuestras conciencias? Es absurdo declarar autoridad lo que está sujeto al error.

Este argumento de intencionada palabra y meditado estudio capaz de atraerse la conviccion del hombre que no se pone á meditarlo, encierra tan solo mala fé ó desconocimiento de los actos psicológicos, y bien vale la pena de que los examinemos demostrando á la escuela del personalismo el nuevo laberinto en que se envuelve.

La razon es una facultad sin duda la mas elevada y característica del alma humana, pero esta facultad especial no es la que razona; el *razonamiento* pertenece tan solo al entendimiento y no á la razon, porque si esta discutiera y razonara, el razonamiento seria siempre exacto, lo que no sucede así. Si al contrario, las operaciones del pensamiento tienen orígen en la reflexion, se concilia que esta facultad distinta sea dirigida ya en armonía, ya en oposicion á la misma. Esta es, pues, una facultad intuitiva que no pertenece al hombre.

Para mayor claridad pongamos un ejemplo sencillísimo de ello, un punto cualquiera de los que se disputan el terreno de la ciencia:

El médico alópata, v. gr., trata á sus enfermos por el principio de los contrarios, el cual cree es el que responde en su práctica: el médico homeópata propina los semejantes por creer asi mismo que es el principio verdadero; ¿cómo se concibe que la verdad, que es solo una, tenga dos diversas apreciaciones. No es esto posible, luego la razon no es de nosotros, es receptiva y está por encima del error; porque si ésta nos perteneciera nuestros actos y apreciaciones serian siempre conformes.

Sentado ya que la razon es impersonal, veamos ahora donde se encuentra, y si es la única que tiene autoridad absoluta.

Aunque la razon no nos pertenece, todos los hombres sin embargo la consultan y la invocan en la ciencia y en la vida; igual

aqui como en todas las partes del globo; luego ella es universal. Tambien nos ilumina, nos inspira, nos llama, y nosotros seguimos ó no conciente ó inconcientemente sus consejos, sirviéndonos de maestro interior en nuestras decisiones; luego es siempre y en todo autoridad. Nos dá las leyes, las causas, los principios que luego nosotros trasformamos en ideas, y estamos en la verdad si á ella nos ajustamos; luego es una y la misma en todas las edades y en todos los espiritus.

Asi vemos que es verdad lo que se ajusta á la razon; es bueno, lo que sigue á la razon; es justo lo que la razon dicta; y como la verdad, la belleza, la justicia y todo lo perfecto solo puede venir del Supremo Ordenador de mundos, faltaríamos á la lógica si no dedujéramos que la *razon pura* es la manifestacion de ese Gran Arquitecto, su constante relacion con la humanidad, su ley impresa en el mundo intelectual.

Al seguir tan precisa consecuencia hay que distinguir entre la razon individual la que es universal. La primera no es mas que un órgano dispuesto á recibir en la *Naturaleza* el órden de las realidades, como los sentidos nos trasmiten las impresiones, en el órden físico; y asi como la luz está esparcida por el espacio, y sin pertenecernos, nosotros poseemos un órgano que nos dá la institucion, de la misma manera la razon, este sol de los espiritas, que no es de nosotros, se comunica á todas las inteligencias, y tenemos igualmente un órgano que nos permite apreciarla, aguardando la realidad inteligible tan seguramente por la razon, como la realidad sensible por los sentidos.

Dando ya por suficientemente demostrada la preeminencia de la razon, pues interminables fueran los conceptos que en su apoyo pudiéramos aducir, procuraremos en el siguiente artículo, ajustándonos á tan preciosa conquista, reveindicar la verdad ultrajada por los que solo al sórdido interés de secta pueden negar la luz y quieren que los demás vivan en la oscuridad.

(*Continuará.*)

Ha honrado, con su visita, nuestra redaccion el nuevo periódico alicantino *La Humanidad*, dedicado á defender los fueros de la razon, ultrajados y escarnecidos, por la intransigencia ultramontana, siempre enemiga del adelanto y el progreso de los pueblos, y por la influencia perniciosa que en las masas inconscientes está ejerciendo á mansalva el *Jesuitismo* de nuestros tiempos.

Devolvemos el saludo á tan digna como oportuna publicacion, y al estrechar su mano amistosa, le damos la seguridad de nuestro noble y leal concurso para la realizacion de los fines humanitarios que persigue, deseándole una larga vida para defender y propagar sus bellos ideales, y mucha constancia y firmeza de voluntad para no desmayar en la noble empresa que con tan buenos auspicios ha inaugurado.

Los Espiritistas han puesto una pica en Flandes, ó lo que es más aún: los Espiritistas han fundado en la inmortal Gerona, un periódico Espiritista titulado *La Solucion*, que se publica quincenalmente, tiene ocho páginas y cuesta 1 peseta trimestre fuera de la capital. Su administracion; en la plaza de Bell-lloch, núm. 4.

De como la gente nea ha recibido este nuevo órgano de la luz de la filosofía moderna, en la ciudad levítica por excelencia, no hay que decirlo; como hidrófobos se le ha echado encima la gente de sacristia, ultrajándole como acostumbra hacerlo siempre que se hace pública una idea luminosa que ofusque más y más su ceguera.

Dejemos al nuevo campeon que cumpla su difícil mision en el centro de prueba, donde providencialmente fué á nacer, como testimonio de las conquistas de nuestra creencia y para que sepan nuestros adversarios, que para el Espiritismo no hay fronteras, ni aduanas, ni menos fariseos que le impidan el paso; y que todo lo invade, hasta las sacristias.

La aparicion de *La Solucion* en Gerona, es un verdadero acontecimiento para la historia del Espiritismo, y los guardadores oficiosos del arca santa pueden retirarse, porque el *diablo* anda suelto y se ha propuesto decir verdades amargas.

Imprenta de Costa y Mira.